



Chorrada Mensual



Num. 5 - Noviembre 2014

Especial histórico

Con partidas de:

- Bombi & Charlie
- Tamara Diaz
- Galielón
- Alberto Aliquel
- Depo, el estrafalario

En este número:

- La conjura de los galeotes
- El héroe traicionado
- La última noche
- Crónica de las guerras miedicas
- El sabio vascón
- La leyenda de Chen Landiao
- y mucho más...

CHORRADA MENSUAL

Una revista completamente distinta a cualquier otra que, realmente, no sea como ésta.

Número 5 – Noviembre de 2014


DIRECTOR:

Eustaquio T-Rex

EDITA:

Charmer Productions

Madrid



4/40


Página/Total
Des/activa miniaturas

Búsqueda de texto

Pantalla completa
Vista de 2 ó 1 página

Podemos visualizar la revista en dos página tipo flip (se pasan como si fueran de papel haciendo click en la flecha al margen y podemos moverlos con el puntero por el texto) o en una sola. En este último caso, las páginas se pasan con dos flechas que aparecen a la izquierda del numerador de páginas, y el texto avanza con otra que apunta hacia abajo. Puede variarse el tamaño con dos lupas con los signos + y – grabados.

En modo pantalla completa aparece esta barra de navegación (la lupa y el botón de vista de 2 ó 1 página funcionan igual que arriba):



Zoom Botones de pg.alante/atrás Compartir o descargar

EN ESTE NÚMERO:

<i>Editorial</i>	3
Eustaquio T.Rex	
<i>La conjura de los Galeotes</i> : 1 (1582).....	5
Charlie Charmer charliecharmer6@gmail.com	
<i>Crónica de las guerras médicas</i> (490 a.C.).....	15
Bombi & Charlie	
<i>El héroe traicionado</i> (c. 183 a.C.).....	22
Alberto Miguel	
<i>La última noche</i> (79 d.C.).....	26
Tamara Diaz Calvete (Enone) http://paranosdesoleidad.blogspot.com.es/ http://saga-temaocurridad.blogspot.com/	
<i>El sabio vascón</i> (s.VIII).....	31
Bombi Charmer https://www.facebook.com/adrian.gonzalezdebnis/	
<i>¿Qué pasaría si en nuestra historia hubieran intervenido personajes de ficción?</i>	34
Galielón https://www.facebook.com/galielon.comics?fref=ts	
<i>La leyenda de Chen Landiao</i> (ss.XIX-XX).....	36
Charlie Charmer	
<i>La auténtica y verdadera historia de Chorrada Mensual</i> (1982) ...	41
Pepo, el estrafalarío	

Envíanos tus colaboraciones, críticas o comentarios a: chorradamensual@gmail.com

© *Chorrada Mensual* es una revista gratuita y sin ánimo de lucro, cuyo único fin es promocionar a los autores que publica. Las obras que aparecen en *Chorrada Mensual* son propiedad de éstos, únicos responsables de su contenido. La revista no se identifica necesariamente con sus opiniones individuales. Se permite el enlace electrónico a la publicación y las citas sin alterar e indicando el autor y esta revista como fuente.



<https://twitter.com/chorradamensual>



<https://facebook.com/chorradamensual>



EDITORIAL

por Eustaquio T.Rex

La Historia nos enseña quiénes somos y de dónde venimos. Pero, cuidado, el que la narra nunca es neutral y separar el polvo de la paja exige un esfuerzo. No estamos ante una ciencia exacta y muchos lugares comunes pueden y deben ser revisados. Tal vez el primero de todos sea que la Historia se repite. Pese al *deja vú* que les comentaba en mi primer editorial al comparar la coyuntura socio-económica de hace 32 años con la actual, funesta consecuencia de la gestión de quienes se empeñan en negar los avances de décadas, el agua que corre por el río nunca es la misma. La memoria es una firme aliada para evitar tropezar dos veces en la misma piedra, pero también cabe la pregunta: ¿acaso no cambia también la piedra? Como diría el oráculo: la realidad es que no hay cuchara.

Hace algunos siglos decía el poeta que *“cualquiera tiempo pasado fue mejor”*. Otro tópico a desterrar, por supuesto. Sin embargo, muchos días enciendo la radio y me sorprende dándole la razón: cualquier bodrio de hace treinta años me parece mejor que la mayoría de la *“música”* que ponen ahora. Con todo, también entonces huíamos de los canales convencionales en busca de calidad y nos intercambiábamos cintas que habíamos grabado de la copia de una copia que alguien había conseguido... Hoy basta encender el ordenador para buscar lo que nos gusta. Nuestro afán desde *Chorrada Mensual* no es sino ése: ser una opción al margen de los círculos comerciales, en los que no siempre se puede expresar lo que se quiere o como se desea. Si conseguimos transmitirle algo distinto, habremos triunfado.

Centrándonos en el género histórico, entendemos que debe aportar entretenimiento y evasión pero, si también te hace pensar, su valor aumenta. Por eso, me complace presentarles los relatos que nuestros colaboradores nos han hecho llegar este mes, de cuya originalidad y diversidad esperamos disfruten como lo hemos hecho nosotros.

Eustaquio T—Rex.

Sabemos que, a veces, el lenguaje académico puede llegar a constituir una barrera que impide disfrutar de la lectura cómo es debido. El género histórico es dado a la utilización de arcaísmos y tecnicismos que pueden llevar a confusión al lector menos avisado. Trate usted de explicarle el origen de Napoleón a quien cree que la Revolución Francesa es la velocidad con la que giran los discos en los tocatas gabachos. La evolución adquiere matices grotescos cuando se piensa que el *homo erectus* no era sino un perverso. Al conocer el tamaño de *La Enciclopedia*, muchos se preguntan con qué fascículo se dieron las tapas¹. Incluso hay quien defiende que las Cruzadas tuvieron su origen en un conflicto a causa de una quiniela. Conscientes de ello y para evitar malentendidos, hemos pedido al profesor Tomás Tuerzo, director del Departamento de Estudios Avanzados de Historia Antigua de El Berrueco European University un breve:

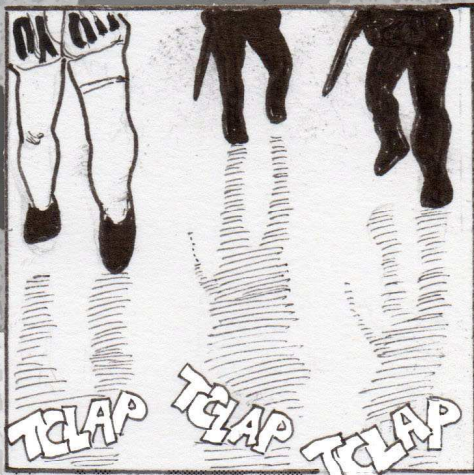
GLOSARIO DE TÉRMINOS HISTÓRICOS

Anales:	Crónicas anuales escritas por homosexuales romanos.
Antropología:	Ciencia que estudia la evolución de los garitos.
Carbono 14:	Prueba que se hace para comprobar la antigüedad de hallazgos, midiendo el carbono de las tobas que se suele encontrar junto a los difuntos. También se usa, aunque es menos fiable, el Alquitrán 15 ó el Nicotina 1,1.
Circa:	Si no se sabe la fecha exacta, o sea, casi siempre.
Era:	Lugar donde se guarda el grano.
Histórico:	Relativo a la Histeria, loco devenir de la humanidad.
Paleontología:	Ciencia que estudia la evolución del <i>Monopoly</i> a través de los tiempos.
Período:	Menstruación histórica.

¹ Aquí debemos confesar que parte de la culpa es nuestra pues, allá por 1986, hicimos una encuesta sobre Histeria micrófono y cassette en mano por la calle, de la que formaba parte dicha pregunta. Hubo quien nos aseguró que un lustro era un millón de años o que el hombre había pisado la Luna en 1980 y, cómo no, quien al ver el micro aprovechó para quejarse de la pensión tan baja que le había quedado. También incluíamos cuestiones de Histeria del Arte, como “¿Podrías decirnos cuál es la ópera bufa más conocida de Juan Sebastián Elcano?” y cuando alguien nos contestó que el autor de la Gioconda era Picasso, le pusimos en un aprieto al pedirle que concretara si Picasso padre o Picasso hijo. “Picasso padre” contestó tan ufana. No pudimos por menos que aclararle: “Era el hijo”.

La casa de los madroños

¡Atención!
¡Firmes!



1. La conjura de los galeotes

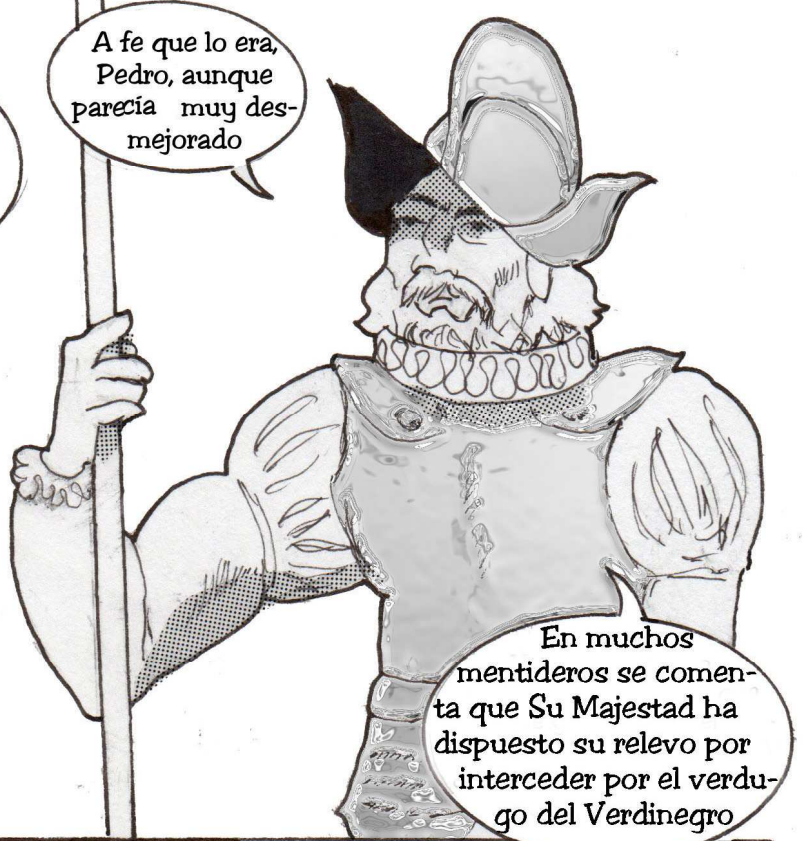
Guión y dibujos: Charlie Chazmer



Alcázar de Madrid, verano de 1582. Una comitiva en la que no falta algún ilustre miembro del Consejo Real acude apresurada en busca de un misterioso invitado extranjero al que debe escoltar...



Decid, Bernabé:
¿acaso no era el doctor
Rodríguez de Pazos el que
andaba a la diestra del
alcalde Valladares?



A fe que lo era,
Pedro, aunque
parecía muy des-
mejorado

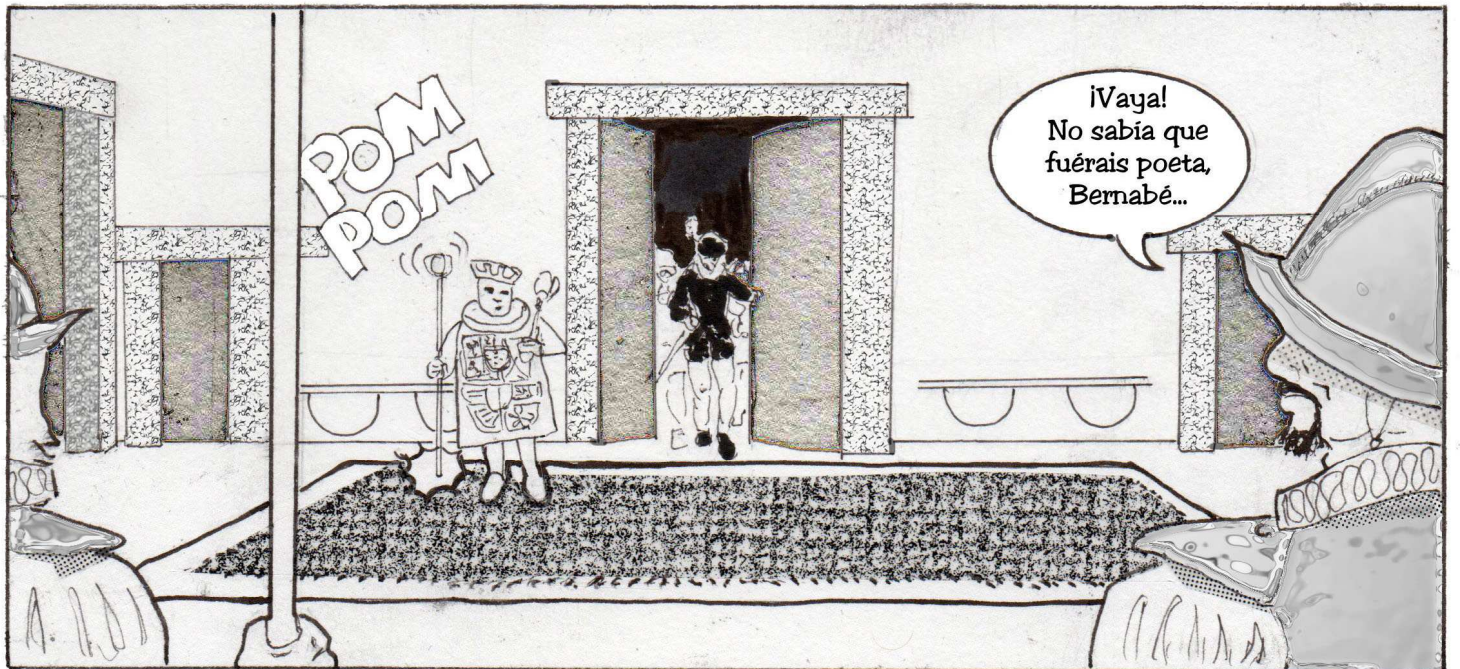
En muchos
mentideros se comen-
ta que Su Majestad ha
dispuesto su relevo por
interceder por el verdu-
go del Verdinegro



En Castilla,
se calumnia
por pasatiempo.
Que yo sepa, Pé-
rez sólo es-
tá sometido a
residencia.

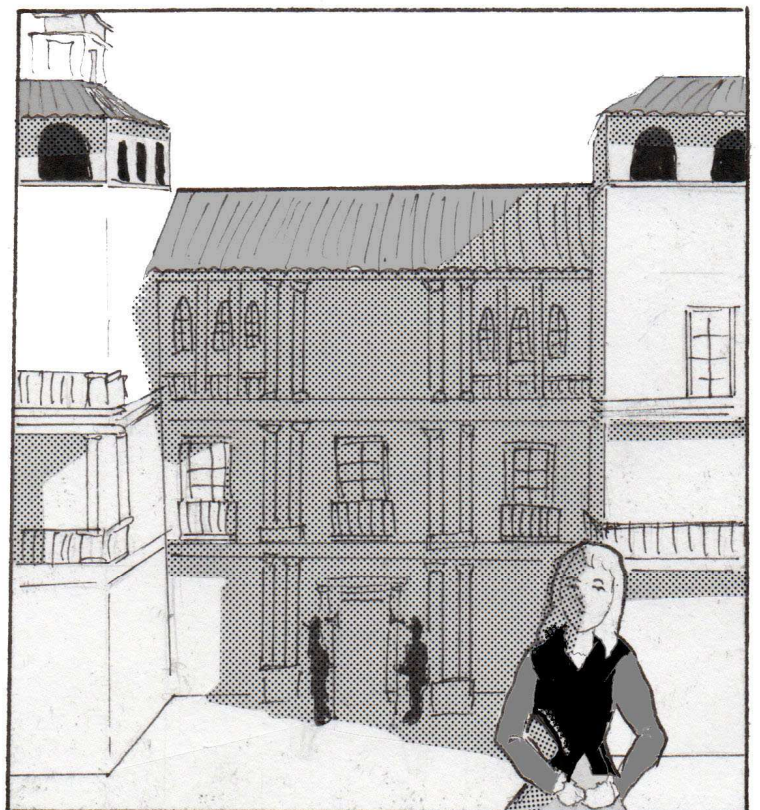
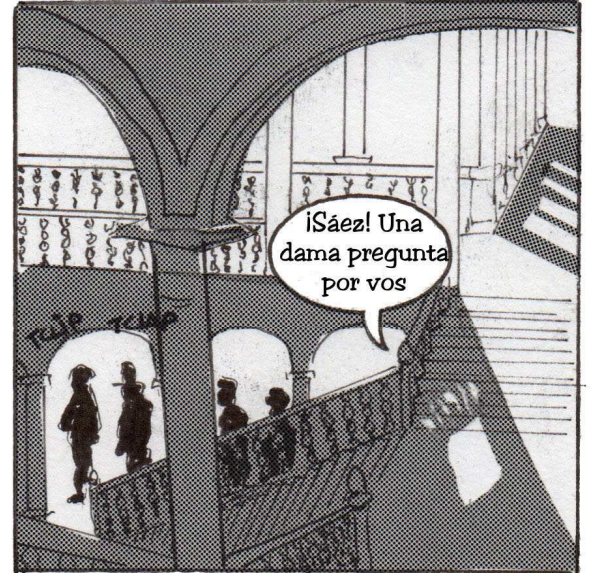
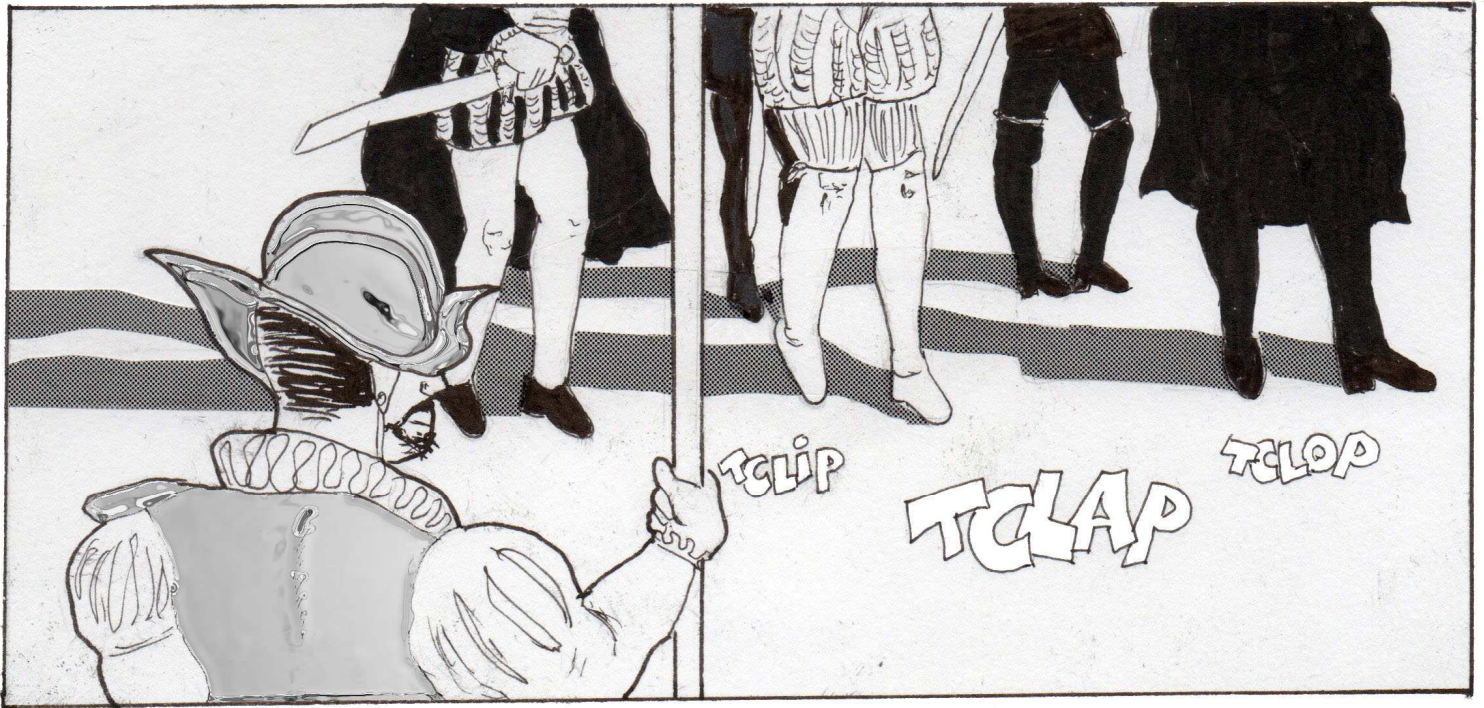


Pues también se oye
que si el Secretario aún tiene
la cabeza unida al gazonate es
por los papeles que guarda y
por cierta dama de ciclópea
mirada...

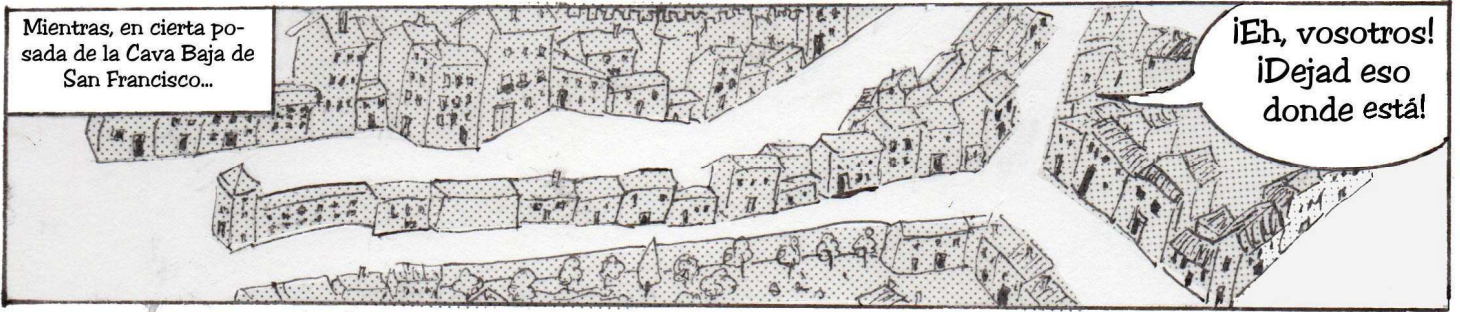


POM
POM

¡Vaya!
No sabía que
fuérais poeta,
Bernabé...



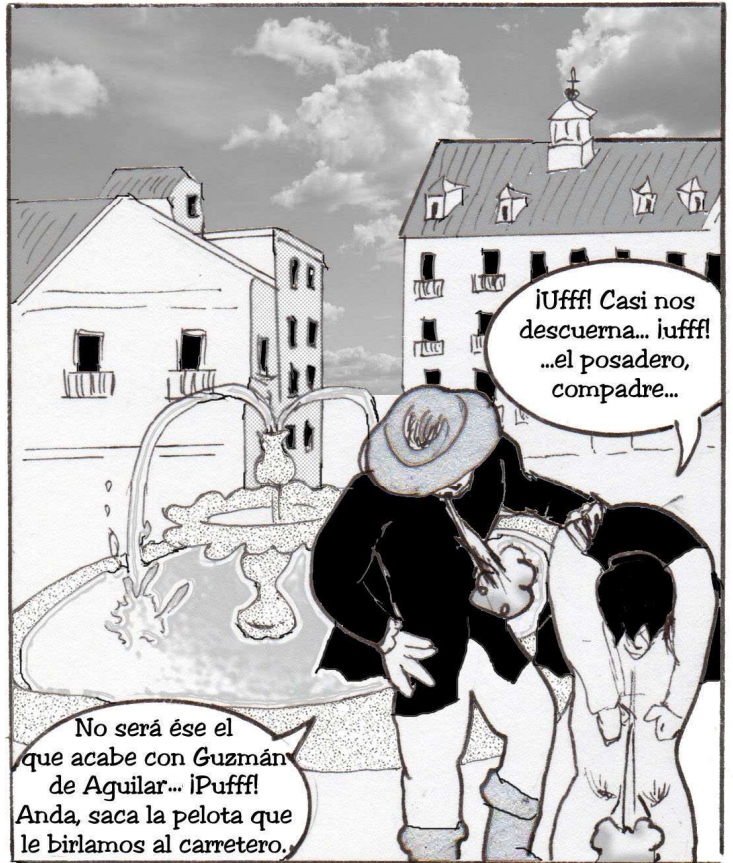






¡...y más os vale que no os vuelva a ver por aquí!

Déjelos, patrón. Parece que no falta nada



¡Ufff! Casi nos descuerna... ¡uffff! ...el posadero, compadre...

No será ése el que acaba con Guzmán de Aguilar... ¡Puffff! Anda, saca la pelota que le birlamos al carretero.



Pero... ¿qué es esto? Aquí no hay más que charneles. Por eso no la echó de menos, llevaría una culebra bien cargada encima.

Dita sea. Siempre hormigueando

Así se le atraganten al palomo los pestilentes torreznos del posadero...



¡Bah!

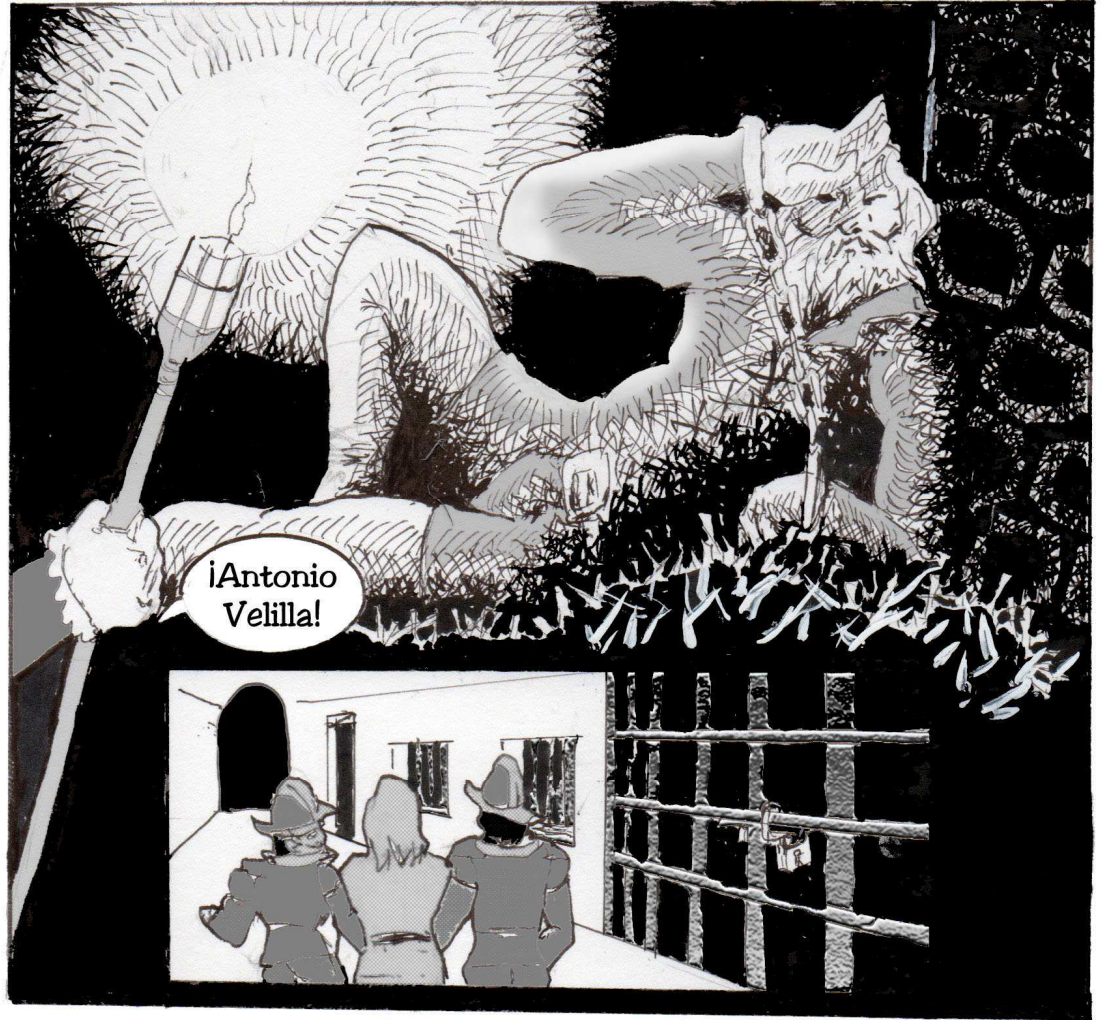


¡No es posible! ¿Cómo ha llegado aquí?



Derecho al colegio de los teatinos...

Ahora sí que no vais a escuriros, inglés del demonio. Las pagaréis todas juntas



Según me contó, vuestra merced cree que le han apresado por haber tomado unos sacos de yeso de casa de don Felipe del Pozo, sobrantes de la obra en la que estaba empleado su amigo Samuel Sánchez, quien se los facilitó. Pero, al parecer, don Felipe ha sido asesinado...



No creo que le den tormento sin indicios plenos.

¿No lo son los sacos? No se preocupe, cuando uno se ha acostumbrado a sanar las heridas del corbacho con el agua del mar, pierde respeto al verdugo. Pero, ¿qué futuro le espera a Sara?

¿Estuvo en galeras?



Seis años a base de bizcocho en el San Andrea, hasta la batalla contra el turco. Don Álvaro de Bazán liberó a los galeotes y los moros se llevaron todas las cuchilladas que guardábamos a nuestros carceleros...



De regreso en Sevilla, no conseguí una ocupación honrada. Llegué a Madrid huyendo de la justicia y conocí a Sara. Desde entonces, sólo vivo del sudor de mi frente

Yo le creo, pero quienes necesitamos que lo hagan son los alcaldes del rastro. Tal vez Samuel pueda ayudarnos...

¡No le meta en esto!

Lo crea o no, yo no he matado a Don Felipe.

¡BLAM!!





Nunca actúo a espaldas de mis clientes, pero es nuestra única oportunidad. Tiene que entenderlo

Es vuestra merced quien no lo entiende. Si a mí, que ni siquiera entré allí, me han encerrado de esta manera, a él no le dejarían ni abrir la boca...



Le juro que no le incriminaré y respetaré su posición. Piense en Sara. ¿No querrá verla viuda tan joven...?

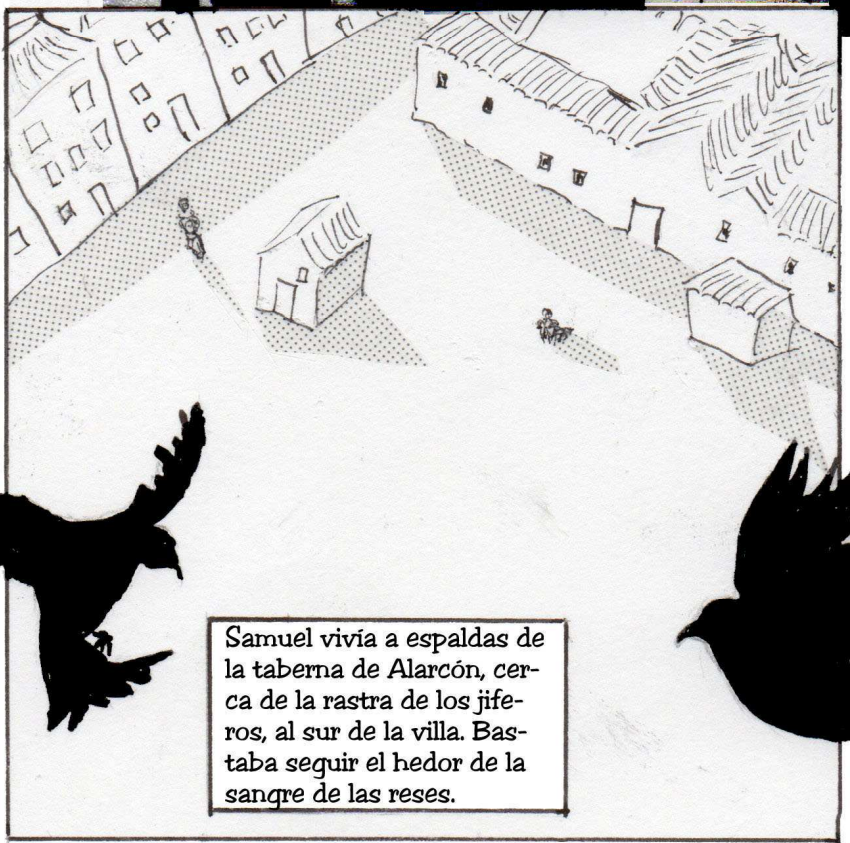
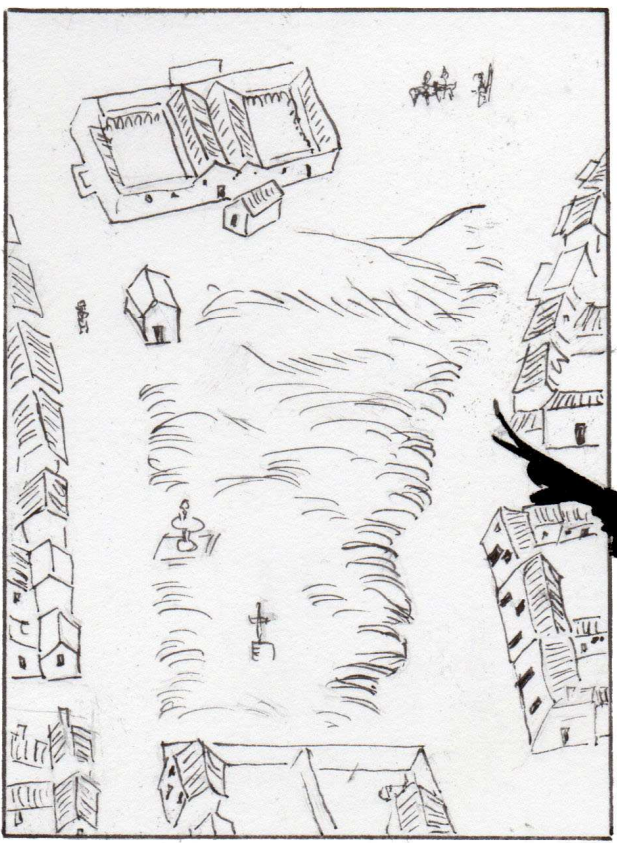
La hora, Don Alonso

WICKI!



Tengo su palabra

La tiene



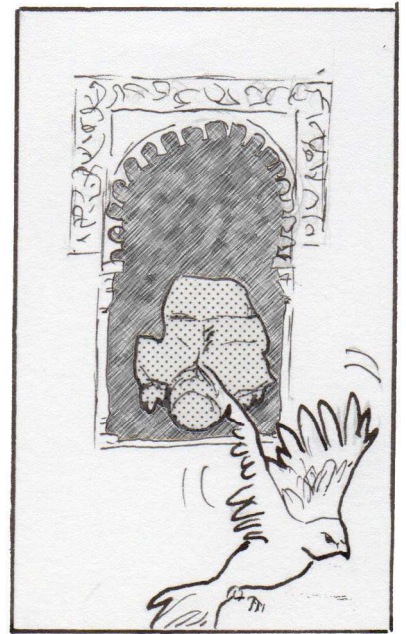
Samuel vivía a espaldas de la taberna de Alarcón, cerca de la rastra de los jiferos, al sur de la villa. Bastaba seguir el hedor de la sangre de las reses.



Perdone, padre. Ha venido un señor que dice que trae un recado muy importante de parte de Antonio.



Di que ya voy



Buenas tardes, letrado. Había quedado hoy con Antonio, así que Sara me puso al corriente... ¿Qué puedo hacer por él?

Gracias por su hospitalidad. Necesito saber qué pasó cuando marcharon de casa de don Felipe del Pozo el día que murió



Antonio no entró en casa de don Felipe. Tenía que reparar su zaguán y yo le pedi a mi señor un poco de material sobrante, a lo que no puso traba alguna. Le acerqué a la puerta un saco, y en el mismo sitio donde le dejé estaba cuando aparecí con el segundo. De allí fuimos directos a su casa.



¿Podría hablar con los miembros de su cuadrilla?

Es inútil. Todos se habían marchado cuando llegó Antonio.

¿Y no había nadie más por allí cerca?

Bueno, hay un vagabundo sordomudo que al caer la tarde suele pasear por la dehesa en busca de cermeñas y madroños silvestres que echarse a la boca



Un impedido no nos sirve como testigo, pero tal vez haya visto algo que no sepamos. Gracias

Continuará...

GRÓNICA DE LAS GUERRAS MIEDIGAS

Bombi & Charlie

Invitado especial: José Martín Bartolomé

En el siglo V a.C. el Imperio Aqueménida de Persia se enfrentó por la hegemonía en el Mediterráneo con la alianza helena promovida por Atenas, con Esparta como principal aliada. Seguro que habéis oído hablar del valiente Filípides, que recorrió la distancia entre Maratón y la acrópolis para comunicar la victoria griega, cayendo fulminado por el esfuerzo, o la heroica resistencia de Leónidas y sus trescientos valientes frente al todopoderoso Jerjes, facilitando la huida del grueso del ejército espartano.

Mentira cochina. Recientes investigaciones han conseguido demostrar que Filípides se limitó a mandar un SMS² y Jerjes no fue *entretenido* por Leónidas, sino por las churris de un chiringuito que había en la playa de las Termópilas. La Historia, ya se sabe, la escriben los vencedores.

El profesor Tomás Tuerzo, además de facilitarnos el glosario técnico que publicamos en la página cuatro, ha tenido la deferencia de confiar en nosotros para dar a conocer en primicia mundial su último descubrimiento: la correspondencia epistolar entre dos de los principales generales de ambos ejércitos, que demuestra cómo se sucedieron en realidad los acontecimientos. Dado lo extenso de la documentación remitida, nos limitaremos a ofrecer una selección de las misivas que nos han parecido más interesantes, oportunamente traducidas al castellano por el portero de nuestra redacción, Aristóteles Aco. En contra lo que parece sugerir su nombre, no es griego, aunque estuvo de crucero con Pullmantur por la zona y tiene un gato persa.



“Estimado don José Martín:

Me dicen del Alto Mando que ha sido usted ascendido a General, motivo por el que no puedo menos que congratularme y trasladarle mi alegría pues, como colega suyo y principal rival del bando contrario, me tranquiliza bastante tener que batirme el cobre con alguien con tan pocas luces militares y, de paso, podré hacerle

² Servicio de Mensajería por Señales (de humo).

pagar ese pequeño contencioso que arrastramos desde su visita a Ecbatana. Juro por Ormuz y las plumas del Simorgh, al que ustedes los griegos llaman grifo como si pudiera domeñarlo un vulgar fontanero, que no cesaré hasta recuperar a Shirín. Nos vemos en Maratón.

Atentamente,

General Okado.

Eubea, a 15 de agosto de 590 a.c. (o sea, antes de comer)”

"Mi muy querido General Okado:

No se imagina cómo comparto su alegría por mi ascenso. Seguro, como estoy, de que me enfrento a una inmensa luminaria como estratega militar. Me entusiasma su seguridad, ya que de ella deduzco que da por ganada la batalla, cosa que pondré en conocimiento de mis tropas, para que su esfuerzo no sea estéril.

Procuraremos estar a la altura de su gran victoria, con lo que sugiero no desperdicie excesivas tropas ante nosotros, pobres atenienses. Agradezco enormemente el detalle de decirme dónde piensa atracar sus tropas. Me encargaré de forma personal de que no le falten chirin-guitos en la playa de Maratón. ¿Sabe ya el día?

Atentamente:

José Martín Bartolomé."



“Estimado General Martín Bartolomé:

Aún no he olvidado el día en que, al llegar a casa, le encontré junto a mi amada Shirín en una posición poco decorosa y quisieron burlarme con la burda excusa de que le había enviado la compañía del gas para localizar un escape, cuando nuestra cocina - como todas las de la antigüedad- se alimenta a base de leña. Lamento que me siga creyendo ud. tan pardillo como para facilitar al enemigo información de interés estratégico. Ahórreme el trabajo y siga el ejemplo de los sacerdotes frigios que, antes de que les civilizáramos en tiempos de Ciro el grande, se emasculaban en honor a Cibeles. Que tal diosa haya entrado a formar parte de su panteón no es sino otra muestra de la atávica barbarie intrínseca a las

polis del Egeo, a las que pronto mostraremos el camino del monoteísmo y ayudaremos a entrar en el mundo civilizado.

Atentamente,
Marcial Okado.

Mar Egeo, a pocas leguas de Maratón, a 11 de septiembre de 590 a.c.”

"Querido Marcial Okado:

Shirín está bien y le manda recuerdos efusivos mientras le escribo estas líneas. Comprenda que es normal que se sintiera atraída hacia un musculoso hoplita ataviado con reluciente armadura, acostumbrada a cortesanos enfundados en sábanas coloreadas y con rimmel en los ojos. Algo en su interior provocó un cambio en el concepto de hombre que tenía.

Por otra parte, he observado que ha evitado el paso junto al Monte Athos, cosa que me congratula, pues deshace mi idea de que los persas pudieran aprender de sus errores pasados. No en vano, repiten uno al pretender invadirnos de nuevo. Pronto nos veremos, por lo que veo al pie de su carta. Será un placer inmenso recibirle junto a los pantanos, donde su caballería podría recrearse a gusto.

Siempre suyo:

José Martín Bartolomé

P.D. Dígale al cobarde de Hípias de nuestra parte que si quiere recuperar lo que es suyo, venga a por ello.”



“Estimado José Martín:

Si cree que poniendo tales falsedades en boca de mi amada Shirín (a la que sin duda mantiene engañada con algún tipo de oscuro subterfugio) me va a hacer jurar en arameo es porque desconoce que sólo es lengua cooficial en las satrapías occidentales, mientras en la cancillería nos las entendemos en elamita, que es más fino. Hípias me encarga que le diga que su obsesión con liquidarle le hace recordar a Harmodio y Aristogi-

tón, con los que seguramente comparta también el *vicio griego*, y que, si quiere seguir su misma suerte, no tiene más que comunicárselo. Es curioso que mencione el colorido del kandy, cuando todo oriente se burla de su *viril* costumbre de correr y luchar desnudos en la palestra para deleite de los viejos verdes que les toman (¿o debería decir *les dan?*) de jovencitos como discípulos. A estas horas, nuestra caballería debe estar celebrando su gentil invitación, pues aún no han regresado de la masacre. He aquí la nuestra: puesto que no han conseguido reclutar la mitad de soldados que nosotros, ¿por qué no se animan y vienen pronto a probar la lluvia de flechas que les tienen preparada nuestros arqueros? Doscientos dáricos al primero que llegue (el dracma no vale ni la décima parte).

Atentamente,

Marcial Okado.

Maratón, a 17 de septiembre de 590 a.c."

"Mi muy querido General Okado:

Me entristece de forma profunda que se niegue a ver la realidad tal como es. Shirín está bien y es feliz a su pesar, pues no necesita más que sentirse protegida junto a un hombre de verdad, y no pegada a un finolis, cuyo máximo orgullo es hablar en elamita y vestirse de colorines.



Hipias no es más que un cobarde que cree apuntarse al bando ganador. Su exilio no es más que un pequeño ejemplo de la gran visión de futuro que posee, como usted mismo comprobará en las próximas horas.

¿Dice que ha visto atacar a la caballería persa? ¿A quién? Por aquí solo hemos visto pasar a un asno asustado con una cuerda atada al cuello. Espero que no sea un ejemplo de poderío por parte del ejército del gran Darío. Porque mis informadores me han dicho que la ha vuelto a embarcar.

Confiar la victoria en el poder de sus arqueros siempre nos ha parecido otro ejemplo de cobardía. No es honorable para ningún griego pretender ganar las batallas desde lejos, sino cuerpo a cuerpo, que como se miden los hombres.

No obstante, aceptaremos su oferta, a ver cómo reaccionan sus valientes arqueros cuando presencien la carga de 10.000 hoplitas hacia ellos.

Con infinito afecto:

José Martín Bartolomé."



“Estimado José Martín:

Lamento informarle de que, en el hipotético caso de que sobrevivieran a la lluvia de flechas que les tenemos preparada, sus soldaditos van a tener que enfrentarse al doble de guerreros persas, los mismos que hicieron caer Babilonia, Frigia, Lidia, Siria, Palestina, Tracia, La India o el propio Egipto. En el fondo, no puedo evitar que me den algo de pena.

Ya que, finalmente, se han dado cuenta de que nuestra caballería ha reembarcado, no hay motivo para seguir ocultándolo: a estas horas estoy camino de Atenas con ellos, dispuesto a recuperar a mi amada. Ya me lo decía mi popó: los griegos son demasiado simples, se les engaña como a niños. Aprovecharé para saludar a toda su familia y le dejaré un bonito regalo por si acaso tuviera la desgracia de sobrevivir a la inminente masacre que borrará al ejército heleno de la faz de la tierra.

Atentamente,

Marcial Okado.

Mar Egeo, camino de Atenas, a 17 de septiembre de 590 d.c. (después de comer)”

"Querido Marcial:

Parece ser que el doble de guerreros persas no son suficientes como para doblegar a los valerosos atenienses y plateos con quienes se han encontrado en el campo de batalla. Los pocos supervivientes corren hacia sus trirremes como almas que persigue Apolo con su carro. Lástima que mis soldados han preferido cebarse con la élite de su infantería, en el centro de la líneas, que perseguir a los que huyen, o se hubiera quedado sin un solo barco.



En estos momentos se les está informando de sus intenciones de invadir Atenas aprovechando su ausencia. Creo que sacarán fuerzas para recorrer a la carrera los cuarenta kilómetros que nos separan. Esperamos volver a verles. Le recomiendo darse prisa en doblegarnos, si es que puede. Esperamos para mañana al grueso del ejército espartano.

Siempre suyo:

José Martín Bartolomé. Polemarca ateniense."



“Estimado José Martín:

Admiro de veras su tesón, aunque no he podido evitar un ataque de risa al leer su ocurrencia, del que aún tengo algo resentida la tripa. La imagen de sus hombres atravesando los 230 estadios de terreno pedregoso del Ática a la carrera cargados con más de un talento³ de panoplia tras la batalla ha excitado hasta tal punto mi imaginación que de veras me gustaría

verles llegar para disfrutar de su lamentable estado y rematarles como a cucarachas en el suelo, del que dudo mucho pudieran levantarse un dedo. Pero me temo que eso sucederá pasado mañana, o tal vez más tarde, y a esas alturas ya estaremos de regreso en Frigia cargados con cuanto encontremos de valor y las atenienses más hermosas, para venderlas en el mercado de esclavos. Al resto podrán darles sepultura cuando recuperen el resuello.

En estos momentos nos encaminamos ya al puerto de Falero, donde lo primero que haga será encargar a alguien que le entregue esta misiva. Después nos dirigiremos al ágora donde, por si fuéramos pocos, contamos con algunos aliados para ayudarnos en la escabechina.

Por cierto, le recomiendo cambiar de calzado cuando llegue. Si quiere, puedo dejarle unas botas de cuero persa a buen precio.

Atentamente,

Marcial Okado.

Dejando atrás el Cabo Sunion, a 18 de septiembre de 590 a.c.”

"Querido General Okado:

Aunque no oculto cierto cansancio en nuestros hombres, hemos llegado antes de que pudieran desembarcar. Parece que sus naves iban cargadas de más y no han resultado tan rápidas como esperaba. Es normal, pues, para sentirse seguro o en condiciones de ponernos en problemas, debe garantizar una diferencia de diez contra uno, y eso tiene un precio. Tal vez las haya cargado de más.



El caso es que, desde mi posición, no parecen moverse mucho. ¿Es que nos van a dejar descansar primero o intuyo que el gran ejército de Darío el medo se lo está pensando?

³ Unos treinta kilos.

Me sentiría decepcionado si se solventa esta guerra sin poder presenciar la carga de su famosa caballería. Espero que no les esté intimidando en exceso el reflejo de los aspis de nuestros guerreros. Es que da que pensar ver tanto poderío estático, y más siendo usted consciente de que miles de espartiatas vienen de camino desde Laconia.

Espero que no se trate más que de mera curiosidad por su parte, por ver cómo se mide el grueso de sus tropas contra una Grecia unida.

En fin. Creo que pronto me llegará su respuesta al verles avanzar o marcharse por donde han venido con la orejas bajadas.

Siempre suyo:

José Martín Bartolomé."



"Estimado José Martín:

No malinterprete nuestra repentina marcha. Nos encantaría quedarnos a terminar la partida, pero acabo de recordar que me dejé el grifo abierto y, como no espabile, me van a acabar embargando hasta los camellos. No se preocupe que, cualquier día de éstos, nos tienen por aquí otra vez y podemos seguir donde lo habíamos dejado.

Ah, y por mí puede quedarse con la guarra de Shirín. Esa será mi venganza. Aparte del chancro que le debe haber pegado a estas alturas, era la ruina cada vez que me llevaba de compras a Fenicia. Por otra parte, hay una libia que me hace tilín hace tiempo y no había manera de tirarle los tejos del brazo de mi sargento –digo, señora-. Así que, en realidad, estoy en deuda con usted. Atentamente,

Marcial Okado.

Muy muy lejos de Grecia, y ya ni sé a qué día estamos."

"Querido Marcial:

Comprendo lo del grifo. Es para preocuparse. Y, ya que lo dice, Shirín lo que sí sabe es pedir y quejarse de la falta de lujos de la que disponemos por aquí, pero es una estupenda mujer.

No haré leña del árbol caído, pues creo que echaré de menos nuestras misivas. Solo espero que los laconios no se me enfaden por hacerles viajar en balde. No tenga prisa en volver.

Siempre suyo: José Martín Bartolomé."



EL HÉROE TRAICIONADO

Por Alberto Miguel

Querida Cornelia:

Sé que no me queda mucho tiempo antes de morir. Aquí estoy apartado del mundo, y esta enfermedad me está consumiendo. Cada vez me encuentro más cansado, y me cuesta pensar con claridad. Tu madre tiene que cuidarme pues estoy tan débil que apenas puedo escribir. Aun así, quiero que sepas por qué Roma, a la que he servido y a la que tanto he dado, me ha traicionado. Por su culpa me he aislado de todos mis seres queridos, y por su culpa, también de ti, mi tesoro máspreciado. No voy a permitir que mi historia quede en el olvido, y confío en que tú te harás cargo de que eso no suceda.

Como bien sabes, conquisté Hispania y la liberé de los cartagineses. En esta empresa, comencé llevando a mi ejército, que se hallaba en Tarraco, hasta Cartago Nova, recorriendo a pie todo el camino en solo una semana. Habiendo llegado allí, asediamos la ciudad y la atacamos. Cayó en poco tiempo. Además, prohibí a mis soldados que la saqueasen, y respeté la vida de los ciudadanos. Tras la toma de Cartago Nova, continué conquistando todo el sur de Hispania, desde Baecula hasta Gades. Allí derroté, uno tras otro, a los tres ejércitos cartagineses que se encontraban asentados en Hispania.

Tras esta gran conquista, regresé a Roma con la esperanza de que me permitieran llevar a cabo un plan que llevaba gestándose en mi cabeza desde hacía tiempo: llevar la guerra a la propia Cartago. Desde antes de que empezara la campaña en Hispania, Aníbal, el temido general cartaginés, se encontraba en el sur de Italia. Estando allí había propinado un gran golpe destruyendo nada menos que a 16 legiones romanas en la batalla de Cannae. Los gobernadores romanos, comprensiblemente, estaban asustados por su presen-

cia que amenazaba directamente a Roma. Mi plan, por lo tanto, serviría para obligar a Aníbal a regresar y defender su propia tierra.

Al llegar a Roma, me presenté como candidato al consulado, lo que me permitiría dirigir el estado y, lo que más me interesaba, dirigir el ejército. Salí elegido el año siguiente, junto a Publio Licinio Craso, si la memoria no me falla. Al ser cónsul, estaba seguro de que podría llevar a cabo mi plan y aplastar de una vez a Cartago. Presenté mi plan en el Senado, pero Quinto Fabio Máximo, junto a algunos de los miembros más antiguos del Senado, se opuso a mi idea. Por culpa de sus celos por mi autoridad y mis conquistas, el Senado únicamente aceptó entregarme Sicilia y permitirme cruzar a África, pero se negó rotundamente a entregarme un Ejército.

Aun así, en todas las ciudades de Italia surgieron voluntarios que apoyaban mi campaña y estaban dispuestos a luchar junto a mí. Conseguí formar un ejército con los voluntarios, y finalmente, cuando fui nombrado procónsul, conseguí pasar a África y tomar la ciudad de Útica, al norte de Cartago. Tal y como había planeado, Aníbal fue llamado para que regresara de Italia. Ya había conseguido mi primera victoria expulsando a Aníbal de Italia.

Entonces tuvo lugar la mayor batalla en la que me he visto envuelto: la batalla de Zama. Allí me enfrenté, en inferioridad numérica, contra el ejército de Aníbal, que además tenía decenas de elefantes atacando. Gracias a mi astucia militar, conseguí vencerle, y entonces Cartago se rindió. Había derrotado a Aníbal, el genio militar que había amenazado a Roma durante años. Lógicamente, esperaba que Roma me recibiera como un héroe.

Al llegar a Roma, conseguí un puesto en el Senado, y tras unos años fui reelegido cónsul. Años después, tu tío Lucio fue elegido cónsul y fue nombrado general del ejército que desembarcaría en Asia Menor para enfrentarse a la amenaza del imperio seleúcida, heredero del imperio de Alejandro Magno que peligrosamente se estaba extendiendo y amenazaba a las provincias griegas. Yo fui con mi hermano para, junto a él, dirigir al ejército y derrotar a Antíoco.

En Magnesia conseguimos una gran victoria, con la que reafirmamos nuestro poderío en Grecia y Asia Menor. A la vuelta a Roma, el infame Marco Poncio Catón nos acusó falsamente de recibir un soborno de Antíoco para tratarle sin mucha dureza, y además nos acusó de quedarnos con una parte del dinero que pagó Antíoco al estado romano. Ese mentiroso obligó a mi hermano que fue el cónsul y que venció a Antíoco a que diese cuenta del dinero que recibió de él.

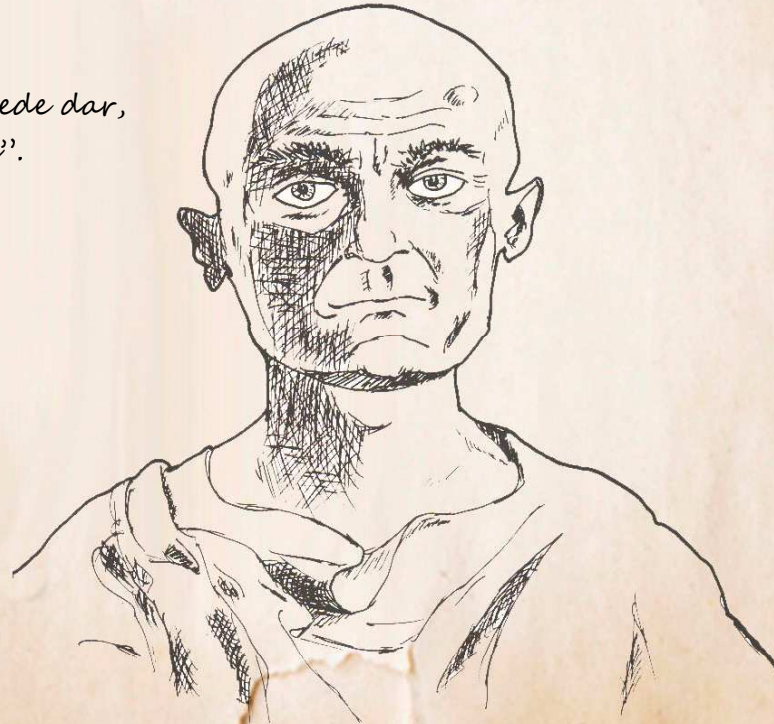
Esto era totalmente injusto. Catón se atrevió a difamar a mi hermano por sus celos causados por la victoria de Magnesia. Por eso, cuando mi hermano llevó las tablas con las cuentas al Senado, me guíe por la ira y rompí las tablas. Aun lamento haber hecho eso, pues por mi culpa encarcelaron a mi hermano y me acusaron a mí también. Por eso me vi obligado a exiliarme de Roma. La campaña de difamación llevada a cabo por Catón fue la batalla que no pude vencer.

Espero que comprendas, hija mía, por qué cometí tal craso error. Después de todo lo que mi hermano había hecho por Roma, era absolutamente injusto que un mentiroso nos acusase de robar. Claramente fue por sus celos; no se consigue una victoria así todos los días. Pero que nos acusase de robo, era demasiado.

Y aquí me encuentro ahora, aislado de Roma y olvidado por todos. Ya nadie me recuerda como el héroe que liberó Cartago Nova, ni el general que derrotó al gran Aníbal. Catón se ha encargado de que ya nadie me recuerde así. Hija, ante el temor de no poder escribirte de nuevo, quiero recordarte que te quiero, y que estoy orgulloso de ti. Mi mayor botín después de la guerra de mi vida has sido tú.

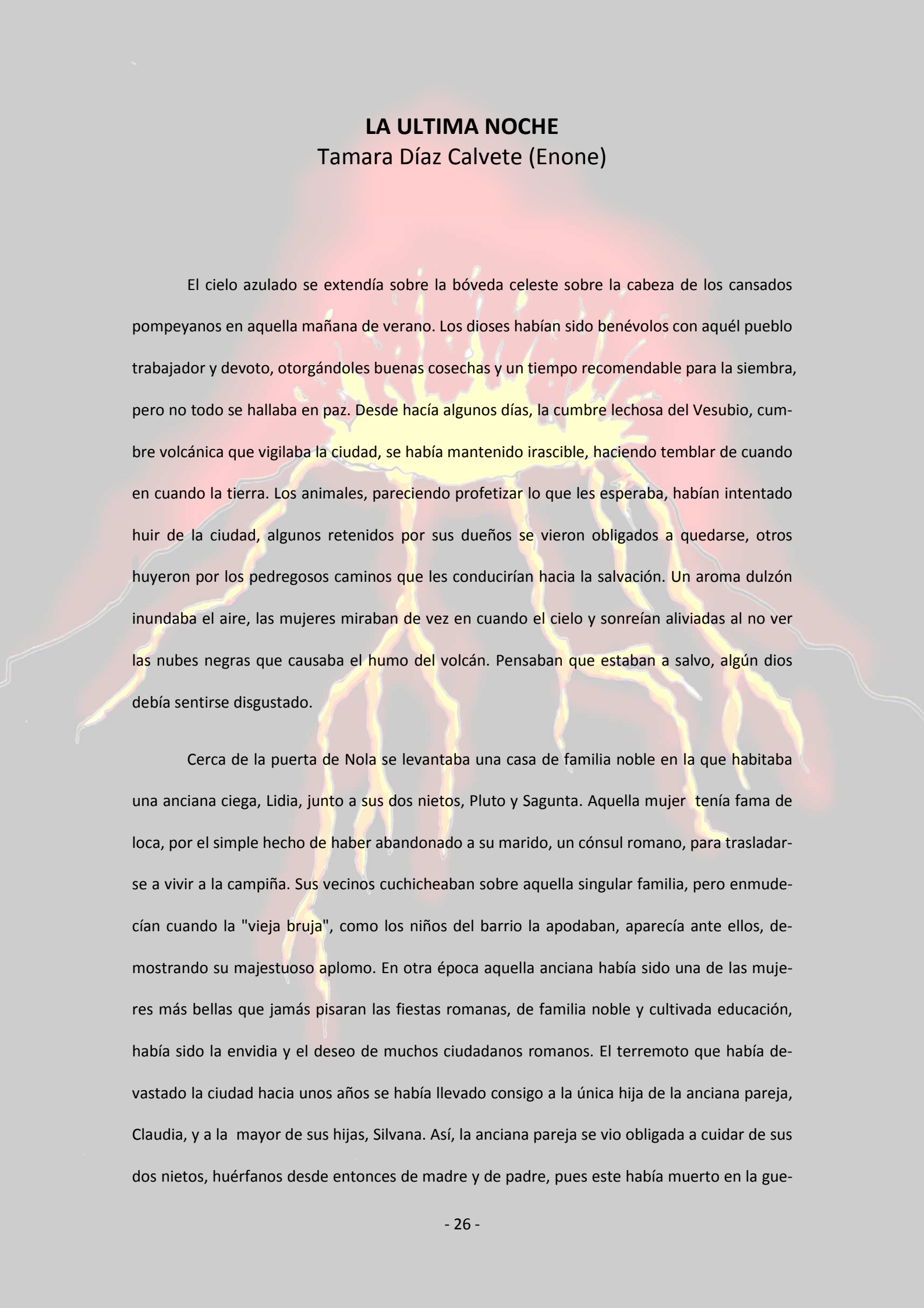
Saluda a tus hermanos y a Graco.

Con el mayor amor que un padre puede dar,
Publio Cornelio Escipión "Africanus".



LA ULTIMA NOCHE

Tamara Díaz Calvete (Enone)



El cielo azulado se extendía sobre la bóveda celeste sobre la cabeza de los cansados pompeyanos en aquella mañana de verano. Los dioses habían sido benévolos con aquél pueblo trabajador y devoto, otorgándoles buenas cosechas y un tiempo recomendable para la siembra, pero no todo se hallaba en paz. Desde hacía algunos días, la cumbre lechosa del Vesubio, cumbre volcánica que vigilaba la ciudad, se había mantenido irascible, haciendo temblar de cuando en cuando la tierra. Los animales, pareciendo profetizar lo que les esperaba, habían intentado huir de la ciudad, algunos retenidos por sus dueños se vieron obligados a quedarse, otros huyeron por los pedregosos caminos que les conducirían hacia la salvación. Un aroma dulzón inundaba el aire, las mujeres miraban de vez en cuando el cielo y sonreían aliviadas al no ver las nubes negras que causaba el humo del volcán. Pensaban que estaban a salvo, algún dios debía sentirse disgustado.

Cerca de la puerta de Nola se levantaba una casa de familia noble en la que habitaba una anciana ciega, Lidia, junto a sus dos nietos, Pluto y Sagunta. Aquella mujer tenía fama de loca, por el simple hecho de haber abandonado a su marido, un cónsul romano, para trasladarse a vivir a la campiña. Sus vecinos cuchicheaban sobre aquella singular familia, pero enmudecían cuando la "vieja bruja", como los niños del barrio la apodaban, aparecía ante ellos, demostrando su majestuoso aplomo. En otra época aquella anciana había sido una de las mujeres más bellas que jamás pisaran las fiestas romanas, de familia noble y cultivada educación, había sido la envidia y el deseo de muchos ciudadanos romanos. El terremoto que había devastado la ciudad hacia unos años se había llevado consigo a la única hija de la anciana pareja, Claudia, y a la mayor de sus hijas, Silvana. Así, la anciana pareja se vio obligada a cuidar de sus dos nietos, huérfanos desde entonces de madre y de padre, pues este había muerto en la gue-

rra. Su marido, disgustado con la vida de Pompeya y preocupado por los habituales terremotos, había aceptado gustoso una pequeña villa a las afueras de la mítica Roma, pero se encontró con la oposición de su mujer, la cual quería morir en Pompeya, al lado de su hija y su nieta. El anciano Claudio no pudo convencerla de su marcha y tuvo que irse solo, bajo las miradas sorprendidas de los habitantes de Pompeya. ¿Por qué se iba el anciano Claudio dejando a su mujer allí? Algunos murmuraban que él le era infiel a la señora y que ésta, enterada del asunto, le había echado de la casa. Otros simplemente meneaban la cabeza en señal de desaprobación y dejaban pasar la pregunta.

Bien, volviendo a nuestra historia. Aquel día habían pasado cuatro desde que la tierra temblase por última vez y la playa de los ríos apareciese plagada de peces muertos. Nadie le daba importancia, pero la anciana Lidia comprendía que la hora de reunirse con su hija se estaba acercando. Era muy temprano y el día aparecía tranquilo, pero la ciudad pronto empezó a oscurecerse bajo unas nubes oscuras muy densas y asfixiantes que impedían respirar. Las calles se llenaron, en pocos minutos, de un ajetreo inusual a aquellas horas. Mucha gente preparaba con nerviosismo y entre gritos sus carros o, simplemente, se cargaban a la espalda la poca comida y ropa que les quedaba. Se oían puertas cerrándose por doquier, niños gritando asustados por el repentino ruido y fuertes hombres abriéndose paso entre la multitud mediante espadas cortas. Entonces, en medio de aquel clima de confusión y terror, grandes piedras rojas cayeron sobre los tejados de las casas y las calles golpeando sin piedad a cualquiera que se pusiese en su camino; pero lo peor era la lluvia de ceniza. Había empezado al amanecer y ahora la ciudad estaba cubierta por una delicada capa grisácea que, al mezclarse con el agua, daba lugar a un resbaladizo barro.

La ciudad no tardaría en ser enterrada. Lidia lo sabía y no podía permitir que sus seres queridos muriesen con ella. Preparó en pocos minutos un ligero hatillo y unos baúles cargados de útiles y llamó a su criado Patroclo. Le encargó la misión de sacar a sus nietos de la ciudad y

llevarlos a la ciudad de Roma, donde encontrarían cobijo en la casa de su abuelo. Subieron en un carro tirado por dos fuertes caballos y se lanzaron velozmente a las negras calles de Pompeya. Los niños cerraban los ojos para no ver las figuras inmóviles que yacían en el suelo y que los caballos pisoteaban en su veloz huida. Las piedras golpeaban con fuerza el escudo que el fiel sirviente había depositado sobre sus cabezas. Los gritos eran en aquel momento intensos, al igual que los rugidos del volcán activo. El aire estaba tan caliente y era tan denso que a los niños les era difícil respirar. Patroclo, sabiendo que el humo de la tierra (como lo llamaban en su tierra natal) era perjudicial y recordando haber visto morir a gente por su causa, tapó la boca y nariz a los niños con un paño empapado en agua. Era tarde y, seguramente, no llegarían ya muy lejos, pero él se lo había prometido a su señora y, fuese como fuese, debía intentarlo. Los caballos también sentían el calor asfixiante del humo penetrando en sus pulmones y comenzaban a tranquilizar su marcha, pero Patroclo no podía permitirlo: sin los caballos cualquier oportunidad de salvarse quedaba extinguida.

Cuando atravesaron las puertas, abandonadas y colapsadas por aquellos que pretendían alejarse de la ciudad, Patroclo pudo ver los cuerpos inertes que se congregaban a las afueras de la ciudad y sintió que la esperanza huía de su cuerpo. Los niños morían con rapidez en aquellas situaciones y sabía que los caballos no tardarían en caer rendidos. ¿Qué podía hacer él contra los designios de los dioses? Se sorprendió apretando con cariño la mano de la pequeña Sagunta, que le miraba asustada y con lágrimas en los ojos. No podía rendirse. Debía intentarlo. Azuzó de nuevo a los caballos, lanzando un grito que solo un hombre desesperado sería capaz de lanzar y miró al frente, sin impórtale que las cenizas ardientes entraran en sus ojos y quemaran su piel. Debía salvarles.

El camino se hacía cada vez más duro, pues el humo del volcán se juntaba con el vapor del mar en ebullición a medida que se acercaban a la costa, lo que creaba una niebla insana que inundaba sus pulmones. Algunas familias, vencidas por aquella niebla, descansaban ahora

en los márgenes del camino, esperando resignadas su muerte. Patroclo pudo oír toser a Julio, que se mantenía acurrucado en brazos de su hermana mayor. Podía leer en sus caras el terror a la muerte y el dolor de haber dejado atrás a su abuela.

No podían saber si era de noche o de día, pues el sol había desaparecido entre las nubes de ceniza hundiéndoles en una noche eterna que no parecía tener fin y que les hacía flaquear. Los caballos ya no podían más, ni las palabras de ánimo de Patroclo ni los golpes que este les atestaba les hacían andar. El carro se paró. Ya no podía hacer más. No se hallaban lo suficientemente lejos del volcán. Solo podía esperar. Pero, ¿cómo dejar morir a aquellos niños? Si por él fuera, correría con los dos pequeños en brazos hasta llegar a Roma. Pero sus piernas ya no eran tan jóvenes y sus ojos se nublaban y le quemaban. Miró a las dos criaturas y sonrió entristecido, recordando el tiempo feliz que había vivido a su lado. Solo podía hacer una cosa para evitarles el dolor de morir quemados por aquellas masas de fuego que se acercaba silenciosa. La pequeña Sagunta se quitó el pañuelo de la boca y le miró, intentando parecer fuerte. “¿Hemos llegado ya a casa del abuelo, Patroclo?”, preguntó la niña, sabiendo que la respuesta a aquella pregunta era negativa. Un simple gesto le bastó. También ella sabía que la muerte se acercaba lentamente.

Patroclo descendió del carro y ayudó a bajar a los dos niños. La niebla les impedía ver a donde iban. Los caballos se habían derrumbado sobre el camino pedregoso y yacían muertos en mitad del camino. Sagunta tarareaba a su hermano una canción alegre que su abuela les cantaba cuando tenían miedo. Patroclo luchaba consigo mismo sobre lo que debía de hacer. Los niños se fueron quedando dormidos y Patroclo sintió el calor de la montaña asolándoles. Sacó de su chaleco chillón una pequeña botellita transparente y la vació en las bocas de los dos niños. El dulce veneno actuó de inmediato. Los dos niños temblaron unos instantes antes de dejar de respirar para siempre. Patroclo les abrazó sollozando y pidiendo a los dioses que le perdonaran por haber matado a aquellos seres indefensos. Era lo único que podía hacer, se

dijo, mientras sentía la nube tóxica introducirse en sus pulmones. Ahora era hora de enfrentarse a su castigo con valentía y voluntad.

Un alarido rompió el silencio que reinaba en la última noche de Pompeya. Patroclo había sucumbido a las miasmas del volcán y ahora descansaba en aquella tierra condenada abrazado a los dos niños. La huida había acabado.



El Sabio vascón

Bombi Charmer



En la sombra, muy en la sombra, operaba Lechugo Sanus, el hombre de confianza del gran emperador Carlomagno. Aquél se afanaba por acomodar su orondo culo sobre un trono cada vez más castigado cuando el bueno del ayudante entró.

- ¡Sanchugo! ¿Acaso le pasa algo a este trono? Cada vez es más pequeño.

La estridente y afeminada voz del monarca retumbó en toda la cámara como un martillo para los oídos de los guardias presentes, que disimularon su desagrado no sin dificultad. No así para Lechugo, cuyos tímpanos distaban mucho de estar a la altura de lo que se esperaba en el consejero del hombre más poderoso de Europa. Guardaba en secreto una habilidad especial para leer los labios de la gente, lo que le hacía adivinar conversaciones lejanas. Todo el mundo temía su fino oído, de forma paradójica.

- ¡Oh señor de todos los sacros reinos reinados por su majestad! ¡La culpa ha de ser de la madera, de baja calidad, sin duda!
- Pues que venga el culpable. ¿Quién diseñó un asiento de baja calidad como éste?
- El carpintero Peralta, majestad. Mandaré en su busca de inmediato.

El consejero hizo un gesto al jefe de la guardia, que partió con ligereza a ocuparse de que el carpintero acudiera. Lo normal hubiera sido que ordenara a un tercero la tarea, pero cualquier excusa era válida para evitar escuchar la voz del monarca.

- Quiero que hagas algo al respecto ya, Lesnugo. Tengo el culo dolorido.
- Señor, no podemos permitir algo así. Tiene su majestad un trasero magnífico.

Carlomagno observó con mirada grave a los guardias presentes.

- ¿Vosotros? ¿Qué pensáis de mi trasero?

Las armaduras comenzaron a temblar de forma perceptible, mientras los labios de los fornidos guerreros palpitaban intentando evitar la carcajada. Para todos ellos, forjados en mil batallas donde los campos se regaban de sangre, aquella resultó ser la prueba más dura de sus vidas. El monarca, con la mirada fija, pareció impacientarse.

- ¿Bien? ¿No tenéis nada que decir?

El traqueteo de las armaduras creció en intensidad. Uno de los guardias resopló, poniendo los ojos en blanco. El de su izquierda, le propinó un codazo metálico, sacando fuerzas de flaqueza.

– ¡Gran culo, majestad!

El chirriar de la enorme puerta que servía de acceso a la cámara salvó a los guardias de ser escuchados cuando fueron asaltados por una risilla floja e inevitable. El emperador tornó su atención sobre las dos figuras que se acercaban. Reconoció de inmediato al carpintero responsable del mobiliario de la corte. El jefe de la guardia le presentó, como debía ser.

– Majestad, el carpintero Peralta.

Sentado de lado sobre el trono, el temible emperador entornó la mirada de forma agresiva al verle.

– ¡Peltarra! Este trono que me construiste está encogiéndose. ¿Qué mierda de madera utilizaste para diseñarlo?

– Madera de castaño, señor. De la mejor calidad.

– ¿Y por qué encoje?

– No encoje majestad. Es imposible que encoja. La madera no encoje.

El traqueteo metálico crecía en intensidad, lo que provocó que el jefe de la guardia mirara a sus hombres preocupado. Lechugo, incapaz de escucharlo, no podía advertirlo, mientras que el monarca se encontraba lo bastante turbado como para no reparar en ello.

– ¿Qué tienes que decir a eso Cheslungo?

– ¡Oh, gran emperador de los sacros reinos donde reinas!

El ayudante se adelantó hasta encontrarse a apenas un palmo del rostro de Carlomagno, con objeto de susurrarle al oído.

– Es vascón, señor. Le advertí de que no se fiara de los vascones. Algún truco habrá utilizado para dañar su real trasero.

El emperador arrugó aún más las ya de por sí arrugadas facciones en dirección al pobre carpintero, que comenzaba a temerse lo peor.

– ¿Cómo explicas entonces que ya no quepa en el trono, si tu madera no encoge?

Un sudor frío recorrió la frente de Peralta. O mucho cambiaba la cosa o el maldito Lechugo le haría acusar de traición si no inventaba algo rápido. Hasta el traqueteo metálico pareció cesar, inundando la estancia de un silencio sepulcral. La fija mirada del emperador le urgía a responder.

– ¡Oh, gran emperador...

– Déjate de palabrería Teltrapa, y contesta a mi pregunta.

- Señor, no existe en Aquisgrán, ni en ningún otro lugar, madera alguna que pueda evitar lo que le ocurre a su magnífico trasero. Pues es él quien ha crecido en consonancia a su grandeza y territorio. Cuanto más crece la gloria del emperador lo hace su cuerpo, necesitando un trono más grande donde albergar tamaña magnificencia.
- ¿En cristiano?
- Que necesita urgente un tras.. un trono más espacioso. Su grandeza ha aumentado demasiado para conformarse con un sillón tan pequeño. No entiendo como su consejero no se lo ha advertido. ¡Qué habrán pensado el resto de autoridades cuando le hayan visto encajonado en el pasado!

La mirada furiosa de Carlomagno se dirigió relampagueante hacia el consejero, que no sabía dónde meterse.

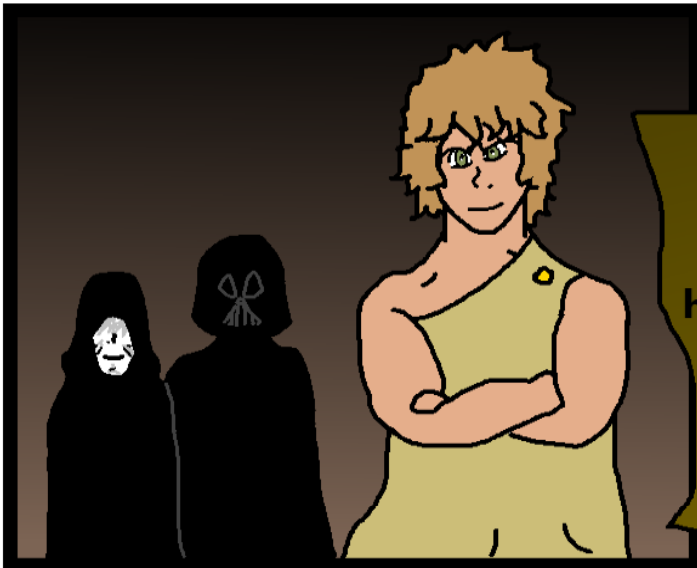
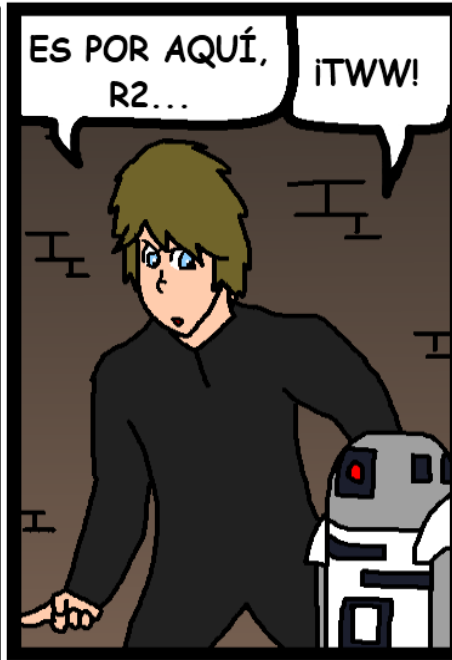
- ¡Legucho, inútil! Quedas cesado de tu cargo de forma inmediata. He hecho el ridículo ante el resto de autoridades por tu culpa. A partir de ahora serás el ayudante del carpintero hasta que haya fabricado el nuevo trono.

Lechugo partió recibiendo collejas, tanto de los guardias apostados a los lados del pasillo como del mismo Peralta, que acababa de salvar la vida por los pelos, acompañado por el sonido metálico de las armaduras.



¿QUÉ PASARÍA SI EN NUESTRA HISTORIA HUBIESEN INTERVENIDO....

PERSONAJES DE FICCIÓN?



¿y si los aliens hubiesen construido las pirámides?

¡PERO MIRA QUÉ PIRÁMIDES HEMOS HECHO!

FALTA EL INÚTIL DE ALF.



SON MUY BONITAS. ¿HEMOS ACABADO? TENGO QUE LLAMAR A CASA.



¡YA ESTOY AQUÍ, JEFE!

¿QUÉ HACÍAS?

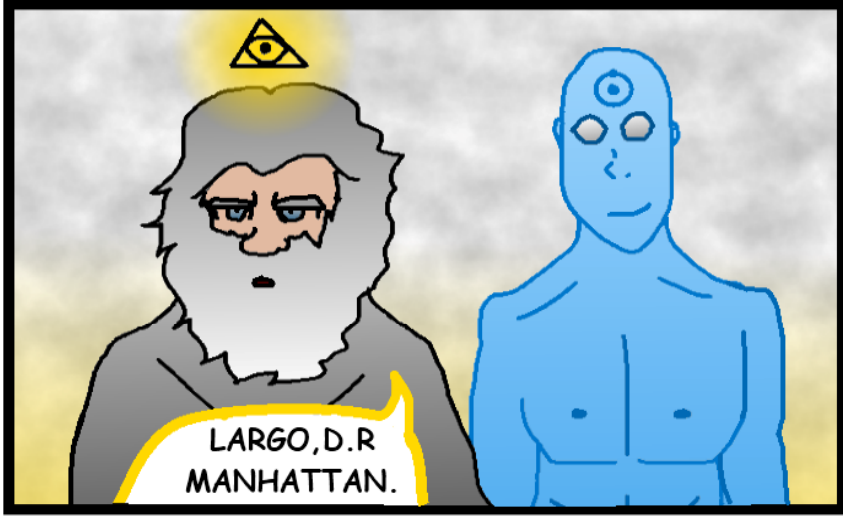
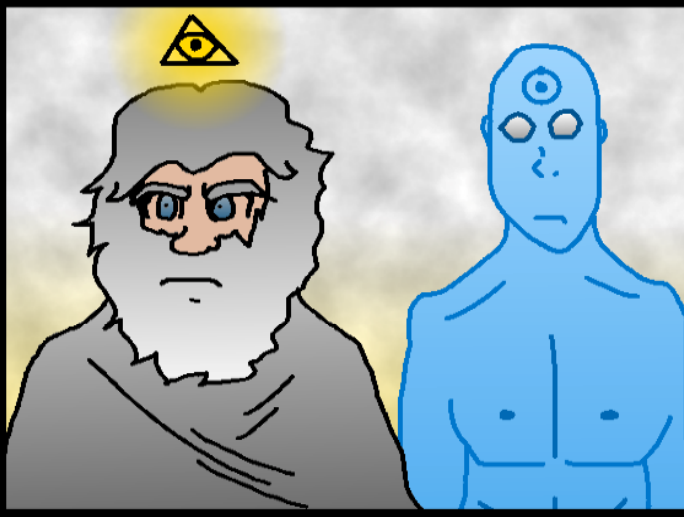
ESTABA DIBUJANDO.



HE HECHO UNOS CÍRCULOS EN UN CAMPO DE MAÍZ.

¿y si nos remontamos al origen de todo?

QUE HERMOSA CREACIÓN LA MÍA. NADIE MÁS QUE YO PODRÍA CREAR UNA VIDA ASÍ.



LARGO, D.R. MANHATTAN.

AAHH... SABES QUE SHERLOCK NUNCA EXISTIÓ ¿VERDAD?

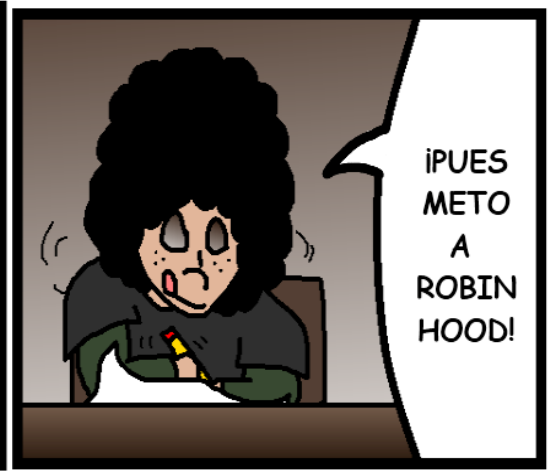


¿AH, NO? ¿NUNCA?



NO, NUNCA.

¡PUES METO A ROBIN HOOD!



FIN

LA LEYENDA DE CHEN LÁNDIÀO*

Charlie Charmer



“Mi 不有我 -
ssi 要非家
ssi 住常很
pi” 在热远、

- ¿Qué canta el *coolie*, pa'?
- Eh... Bueno... Dise que le gu'ta Mississippi.
- ¿Se... seguro que le gu'ta, pa'? A mí no me gu'ta na', hase mucho calo' y hay mucho mo'quito.
- A ti no te gu'tará, pero en la tierra de la que él salió 'ta siempre nublao y nadie ha vi'to nunca el sol. Por eso e'tá tan pálido. Pa'l *coolie* e'to e' el paraíso.

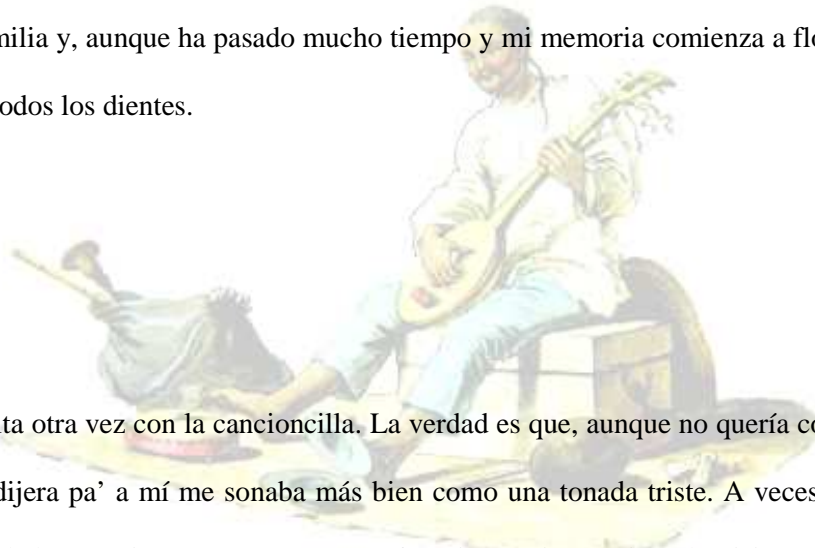
El profundo respeto que le guardaba me impidió volver a contestar a mi padre y, frotándome los callos, opté por volver a la labor mientras me preguntaba lo mal que debían pasarlo en el pueblo de aquel pobre infeliz para que sudar la gota gorda recogiendo algodón pudiese evocarle el edén.

Vivía en la plantación desde que me alcanzaba la memoria, pero no recordaba haberle visto mantener jamás una conversación con nadie. Seguramente no sabía pronunciar ni una palabra en cristiano. A duras penas el tío Abe había conseguido sacarle el nombre: Chen. Chen Nosequé.

* N.del A.: Lándiào (蓝调) es el término mandarín que designa la música *blues*. A lo largo del siglo XIX llegó a los EEUU un moderado número de inmigrantes chinos, que colaboraron o sustituyeron a los más numerosos negros en la construcción del ferrocarril o las plantaciones de algodón. El término “*coolie*”, usado desde mediados del siglo XVII para referir a trabajadores de baja cualificación, pasó entonces a aludir peyorativamente a este colectivo. El hecho de que la escala pentatónica china tenga la misma distribución tonal que la utilizada por los músicos de *blues* ha llevado a algunos musicólogos a plantear la tesis –aún no suficientemente contrastada– del préstamo cultural que da base a mi relato.

Se levantaba con el resto, trabajaba como el que más, comía y dormía cuando lo hacíamos todos, pero no abría la boca más que para cantar. Sin embargo, a mí no me parecía hosco ni huraño, sino más bien tímido. En los momentos imprescindibles, nos comunicábamos con él por gestos a los que asentía o rehusaba con extrema cortesía.

Para ser tan menudo de estatura, se movía siempre con elegancia. En Chunco o Choncuo o como-se-diga, el lugar sin sol del que había confesado proceder a tío Abe, no debía ser esclavo. Sus ojos eran muy rasgados, aún más que los del primo Ben. Yo creo que sí debía tener algún tipo de problema con la luz y por eso siempre se cubría con aquel ancho sombrero cónico de paja. Debía ser el único ser vivo de la plantación que se bañaba todos los días, incluidos el amo y su familia y, aunque ha pasado mucho tiempo y mi memoria comienza a flojear, creo que conservaba todos los dientes.



不有我 -
要非家
.....常很
热远

Y vuelta otra vez con la cancioncilla. La verdad es que, aunque no quería contrariarle, pese a lo que dijera pa' a mí me sonaba más bien como una tonada triste. A veces cantaba otras más desenfadadas, es cierto, pero esa era su favorita, casi su tarjeta de visita. Y sin embargo, nunca sonaba igual. Cuando estaba enfermo y no podía acompañarnos, el campo sin aquel “*uoyia-jen-yuan...*” era como un atardecer sin nubes entre las que pudieran filtrarse los postreros rayos a dejar su impronta en la escena transformándola en una distinta de todas cuantas fueron antes o serían después. Sin aquellos colores, el cielo perdía su identidad y se convertía en una fría estampa, un mero decorado pintado sobre un cartón.

Al capataz no le acababa de gustar aquella inquietante escala de cinco tonos y procuraba abortar la melodía cada vez que la oía arrancar.

- ¡Ya estás otra vez con eso! ¿No te he dicho que no haces más que levantar dolor de cabeza a todo el mundo? ¡Cállate de una vez o te sacaré la piel a tiras, chino del demonio!

Pero, en cuanto se daba la vuelta después de premiar su arte con un par de poco convencidos chasquidos de fusta al aire –aunque alguna vez los hacía aterrizar en el cuerpo de aquel desgraciado-, Chen comenzaba a musitarla nuevamente y, según le veía alejarse al trote, iba recuperando *in crescendo* el volumen inicial.

Aunque inspiraba cierto respeto a los hombres y despertaba compasión entre las mujeres, ni unos ni otras acababan de aceptarle, ya que le veían como un extraño que no pertenecía al mundo de ninguno de los actores que participábamos en aquella miserable representación. Pero entre los más pequeños sí era admirado. No era sólo su exotismo lo que cautivaba nuestra atención, sino su saber estar y cierta aureola de misticismo que parecía envolverle. Alguna vez en nuestros inocentes juegos representé el rol de Chen.

Al viejo Sam le enganchó aquella tonada melancólica hasta tal punto que se sorprendía a sí mismo tarareándola en cuanto se descuidaba. Para colmo de males, un día se le escapó tras una de las reprimendas al *coolie* del capataz, que lo tomó de la peor de las maneras posibles y pagó toda su frustración con él, con tan mala fortuna que, en uno de los golpes, el pobre anciano perdió un ojo. Aunque todos sabíamos que Chen no era responsable de aquello, lo cierto es que le fuimos haciendo inevitablemente el vacío y se quedó aún más aislado si cabe.

Pero no dejó de cantar.

Un día, a finales de agosto, Chen desapareció. No es que se escapara. O tal vez sí. Lo que quiero decir es que no le volví a ver más. Pregunté a pa', a tío Abe y a los demás, pero nadie me supo explicar lo que había ocurrido. El rumor que acabó imponiéndose es que el amo le había vendido para pagar unas deudas de juego. Las puestas de sol pasaron de protagonistas a simples figurantes. El azul desapareció de la paleta celeste y tardé en acostumbrarme al gris. Transcurrieron los días, las semanas y los meses. Nadie volvió a hablar más de Chen. Yo mismo le acabé olvidando por completo. La ceniza nunca ha sido añil. Todo el mundo lo sabe.

A una primavera siguió otra y luego otra más. La vida en la plantación apenas cambió, pero yo sí. Primero me llené de vello y luego se me estiraron brazos y piernas. Cuando fui más

alto y fuerte que pa' y los latigazos escocían menos que la picadura de un tábano en mi curtida espalda, también yo fui vendido.

Mi nuevo amo no era ni mejor ni peor que el anterior. Trabajaba desde que asomaba el alba por el horizonte hasta que llegaba la noche soportando las inclemencias del tiempo y los insultos y golpes ocasionales del mayoral. Si no fuera porque no estaban allí pa' ni tío Abe, me habría costado darme cuenta de que había cambiado de domicilio. Incluso las canciones que entonaban mis compañeros de fatiga mientras se dedicaban a su triste labor me resultaban familiares. En especial una tonada cuya letra no recordaba pero que estaba seguro de haber escuchado mil veces. De hecho y aunque sin las inflexiones con que ahora la adornaban, esas cadencias me habían acompañado tantos atardeceres que había llegado a pensar que eran invención mía. Y lo cierto es que nunca las había siquiera tarareado. Así, cuando me quise dar cuenta, estaba cantando al unísono con ellos:

- “*The sun is high but my heart is blue, it's hard to live in Mississippi.*”

Aquel ritmo tenía un algo misterioso que te enganchaba. Cantábamos realmente con una sola voz que apelaba a lo más hondo del que la escuchara reivindicando una verdad sempiterna patente por encima de todo aquel sufrimiento, que hablaba de la dignidad subyacente a la constante humillación a que éramos sometidos.

- ¿Qué música e' e'ta, amigo?
- E' el *blues*, hermano. La única fo'ma de sobreviví en el infierno ¡Ja, ja, ja!

Aunque aquella socarrona carcajada con unas gotas de demencia descubría que su boca estaba casi completamente huérfana de piezas dentales, lo que no le faltaba a mi amigo Tom era razón. Cantando el *blues* no desaparecían el frío ni el calor y las heridas tardaban lo mismo en curarse, pero parecían molestar menos. Trabajábamos más a gusto y el ritmo nos ayudaba a recolectar más en menos tiempo, por lo que al nuevo amo también le debía gustar el *blues*. Al menos, nunca nos prohibió cantar.

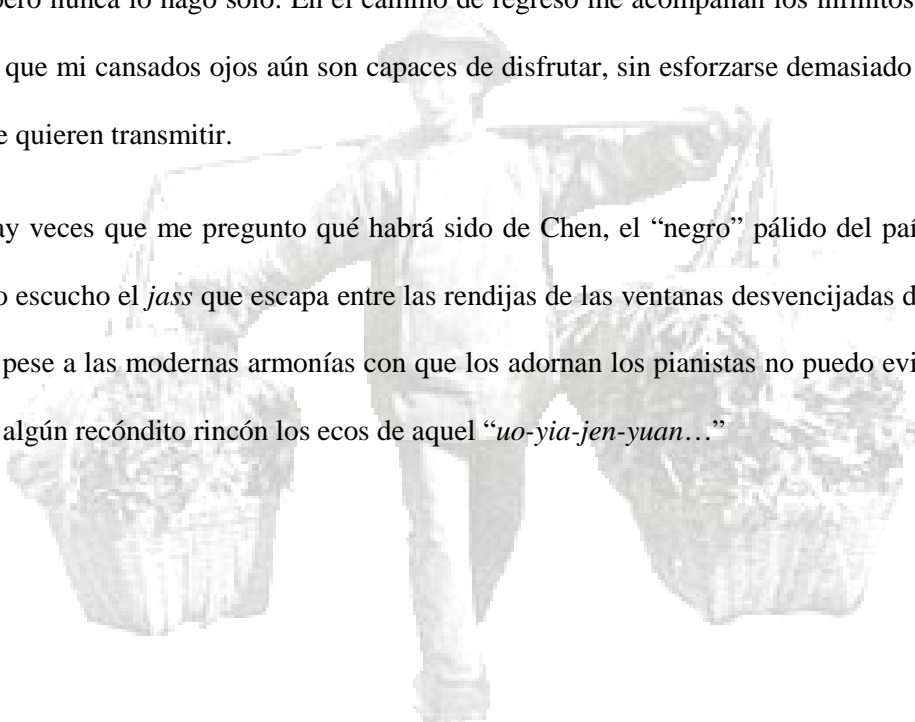
No sé cuánto transcurrió hasta que me di cuenta de que aquella canción no era ni mía ni de Tom. Tal vez sólo un par de días o quizá varias semanas. Tom no sabía de nadie llamado Chen que hubiera pasado por la plantación, y me aseguró que el *blues* lo habían traído a la ciudad unos hermanos del sur que también contribuyeron al florecimiento del *vudú* en la región. Seguramente así fue, pero yo sabía que había algo más y que el viejo *coolie* debía haber paseado sin duda en algún momento sus melismas por los algodones de más al sur.

El redescubrimiento del índigo alumbró la irrupción de una renovada gama de tonalidades en mis crepúsculos: estratos por los que corría la pintura a borbotones, cirros que difuminaban los pasteles arrastrándolos sobre tímidos cúmulos, nimbos a contraluz conteniendo un estallido luminoso sobre el todo azul del firmamento...

Ahora, los días de sudor y sangre parecen cosa del pasado mientras apuro mi vejez al abrigo del licor barato de los bares de esta ajada e inicua ciudad. Eso cree atestiguar la vieja cicatriz que recorre la mano con que sujeto el vaso, hermana de tantas que pueblan mi consumido cuerpo. Pero alguna lesión mal curada aún duele de vez en cuando. Entonces, pido otro trago al barman y dejo que fluya el *blues*, lenta, suavemente.

Tras otro par de aguardientes, todo parece un poco más irreal. Es el momento de volver a casa, pero nunca lo hago solo. En el camino de regreso me acompañan los infinitos matices del ocaso, que mi cansados ojos aún son capaces de disfrutar, sin esforzarse demasiado en entender qué me quieren transmitir.

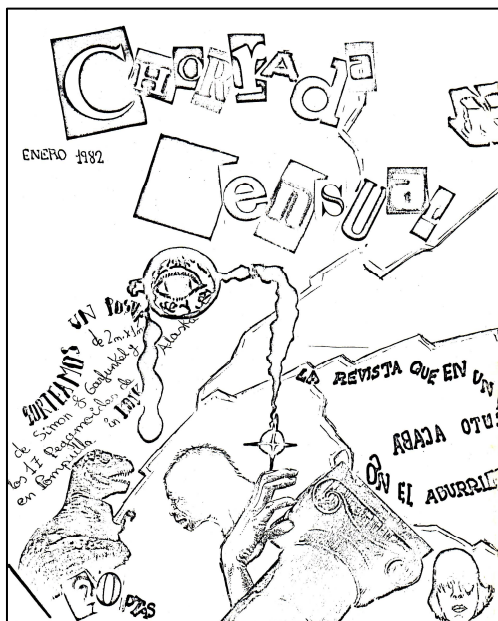
Hay veces que me pregunto qué habrá sido de Chen, el “negro” pálido del país sin luz. Y cuando escucho el *jass* que escapa entre las rendijas de las ventanas desvencijadas de los prostíbulos, pese a las modernas armonías con que los adornan los pianistas no puedo evitar oír resonar en algún recóndito rincón los ecos de aquel “*uo-yia-jen-yuan...*”



LA AUTÉNTICA Y VERDADERA HISTORIA DE CHORRADA MENSUAL

por Pepo, el estrafalario

Todos tenemos un pasado, incluso *Chorrada Mensual*. Ya dimos alguna pista en el editorial de nuestro debut. Muchos lectores se han interesado por aquel fanzine primigenio del que es heredera nuestra revista online. Esta es su historia en viñetas.



"Salimos a la calle, por fin, después de mucho luchar y trabajar para hacerle a usted la vida un poco más amena con nuestra sin par revista, en la cual encontrará de todo (hasta faltas de ortografía que espero nos disculpe). En esta revista hallará usted de todo lo que se le antoje y más. Cosas serias, menos serias e incluso nada serias. Nuestro único fin (además del de recaudar pasta para nuestras arcas, que están más que vacías) es el de hacer que se distraiga un poquito después del trasiego que esta vida trae consigo. Intentaremos que nuestro esfuerzo no sea inútil y que, por lo menos, le arranquemos alguna sonrisilla. Si no es así, habremos fracasado."

Editorial. *Chorrada Mensual* #1 (1982)



En el nº2 (febrero) aparece Eustaquio, aunque entonces tenía un nombre impronunciable



Al principio le costó un poco adaptarse y la mascota de la revista oficial del instituto fue la principal víctima de sus modales cretácicos, como se aprecia en la portada del nº4.



Pero editar un fanzine en la fotocopiadora del curro tiene sus riesgos y Bombi's Pirata acabó echando el cierre. Un recuerdo a los que nos apoyaron en aquella entrañable etapa.

